

timidaban á mis monos. De media en media hora, y por riguroso turno Miguel y yo vaciábamos el agua de la canoa, lo cual me parecia una razon mas para desear llegar. Era forzoso además tomar el partido de recurrir en lo sucesivo al vapor, pues ya no tenia á Policarpo, y Miguel solo se habia obligado á seguirme hasta Obidos; y suponiendo que hubiese querido avanzar hasta el Pará á pesar de los peligros de la bahía de Marajo, me hubiera sido imposible procurarme otros remeros.

Por una felicidad inesperada tocamos al amanecer en una de aquellas inmensas llanuras cortadas por grandes lagunas. A toda prisa hice mis preparativos para fotografiar, pero el sol caminaba aun mas aprisa, y cuando instalé mi tienda el calor era tan fuerte que hube de hacer mis estudios enteramente desnudo, lo cual me ocasionó pocos dias despues, á pesar de la costumbre que habia adquirido de quedarme con frecuencia de esta manera, no solo que la piel sino tambien la carne se me desprendiera á pedazos, de resultas de una terrible insolacion que se estendió por todo mi cuerpo.

¡Nada pude lograr! ¿Consistia esto en la tormenta de las noches anteriores? ¿O bien el horroroso Policarpo habia alterado, á consecuencia de tal ó cual mezcla, la naturaleza de alguno de mis productos químicos? Lo cierto es que me resolví á recoger por completo todos mis enseres fotográficos. Mi campaña habia terminado, y dejando á Miguel remar solo, hice mis paquetes.

Al llegar la noche mi compañero se durmió confiando á la corriente el cuidado de llevarnos; pero yo velaba. Durante todo el dia el viento habia sido vario, y cuando á las diez se presentó favorable me costó mucho trabajo despertar á Miguel y hacerle orientar la vela.

El buen Miguel, despues de M. Benito, que se equivocaba siempre, y despues del horroroso Policarpo, que se empeñaba en hacer todo lo contrario de lo que se le mandaba, era el hombre mas lento, mas tardo de que es posible formar idea. Necesitaba mucho tiempo para que todo estuviese convenientemente preparado, y á mi ordinario ¡*Vamos!* respondia con un *vaamoos* infinitamente mas largo que los anteriores, lo que no me inspiró gran confianza y me obligó á presenciar con toda atencion la maniobra.

Al salir el sol el viento experimentó un nuevo cambio, siendo preciso bordear y pasar el dia sin poder coger el lápiz, único de mis trabajos que no ocasionaba molestias, único practicable cuando la necesidad me obligaba á encerrar los útiles de mis otros ramos de industria.

Volviendo el viento á mostrarse favorable aquella

noche, desperté otra vez con trabajo á Miguel y levantamos la vela pronunciando cada uno á nuestro modo la palabra *vamos*.

Al dia siguiente llegamos á Obidos, y atamos la canoa cerca de tierra al lado de otras muchas. Indeciso en cuanto á si me vestiria ó no para ir á hacer visitas, buscaba toda clase de pretextos á fin de eximirme de tan penosa carga; pero como se esperaba el vapor al dia siguiente, no tenia necesidad de adquirir nuevas relaciones. Tratábase, sin embargo, de un asunto mucho mas importante, esto es, de desprendirme de mi canoa, puesto que no podia llevarla al Pará.

En aquel momento, una vieja mulata, saltando de canoa en canoa, vino á sentarse en la inmediata á la mia para preguntarme si queria venderla, añadiendo que si tal era mi proyecto iria á buscar á su amo para que se entendiese conmigo. Esta proposicion me era muy conveniente, y procuré no desperdiciar tan propicia coyuntura. En efecto, un cuarto de hora despues de la partida de la vieja, un rollizo mercader portugués vino á sentarse á su vez delante de mí, deseando saber cuál era el precio de mi canoa, ó por mejor decir, á ofrecermela una cantidad por la cual solo perdía treinta francos. Acepté sin titubear un negocio que á entrambos convenia, pues si yo me desprendia de una canoa de la que no sabia ya qué hacer, el comprador por su parte salia no poco ganancioso, porque las maderas del alto Amazonas son tenidas en grande estima, y esto es probablemente lo que habia inducido á la vieja mulata á ponerse en acecho al verme desde lejos. Solo conservé la vela á fin de envolver con ella los objetos para los que no tenia cajones....

Cuando fue preciso embarcar mis dos monos en el vapor tropezamos con mil dificultades, pues acostumbrados á las soledades daban agudos chillidos y se asian fuertemente á cuanto encontraban. Yo seguia muy quebrantado de salud; por esto hice colgar desde luego mi hamaca, en la que permanecí durante todo el tiempo que necesitamos para llegar al Pará, donde la calentura me detuvo mas de un mes. Mi viaje por el Brasil habia terminado.

Un dia supe que allí estaba anclado un buque americano de pequeño porte, cargado de goma elástica, y aproveché tan buena ocasion para recorrer rápidamente los Estados-Unidos antes de volver á Francia. Ajusté mi pasaje y me despedí de mi patron, M. Le-duc, y de otros franceses que me habian recibido con la mayor bondad; dichos señores me acompañaron al *Federico-Domingo*, y no se separaron de mí hasta el último momento.

BIARD.

NAUFRAGIO Y ESCENAS DE ANTROPOFAGIA EN LA ISLA DE ROSSELL,

EN EL
ARCHIPIELAGO DE LA LUISIADA (MELANESIA.)
RELACION DE M. V. DE ROCHAS.

1858.

Naufragio del Saint-Paul.—El islote del refugio.—Los náufragos se ven atacados por los indijenas de la isla de Rossell.—Separacion.

En diciembre de 1858, siete náufragos franceses recogidos por la goleta inglesa, *Príncipe de Dinamarca*, llegaron á Puerto-de-Francia en la Nueva Caledonia. El jefe de aquellos desgraciados, capitán P..., se presentó á las autoridades de la colonia, en la que yo me encontraba á la sazón, y les hizo una relacion cuyo resúmen es el siguiente:

El capitán P... habia partido durante el mes de julio anterior, de Hong-Kong (China) en el *Saint-Paul*, con veinte hombres de tripulacion y trescientos diez y siete pasajeros chinos, ajustados para la explotacion de las minas de oro de la Australia. Contrariado durante mucho tiempo por las calmas, y amenazado por el hambre á causa de la anormal prolongacion de la travesía, se decidió á desviarse de la ruta ordinaria, que le hubiera hecho doblar las islas de Salomon, para tomar una que mas brevemente le condujese á Sidney, término de su viaje y le obligaba á pasar por entre las espesadas islas y el archipiélago de la Luisiada.

Esto era seguramente emprender un derrotero mas peligroso, pero obedecia á una imperiosa necesidad. Por desgracia, á las calmas sucedieron en breve los tiempos tempestuosos, y unas nieblas espesas que duraron tres dias consecutivos impidieron al capitán P... marcar el punto, es decir, averiguar por medio de la observacion del sol, su posicion exacta sobre el globo.

Era pues preciso navegar con arreglo á la estima media de rigor, con frecuencia engañosa, y que lo fue de tal manera en aquellas circunstancias, que al tercer dia el *Saint-Paul* naufragó. Pero ¿en dónde? Hé aquí lo que nadie sabia, á lo menos con exactitud; lo único que claramente se veia era que el buque se hallaba en la Melanesia, y por consiguiente en una tierra inhospitalaria: certidumbre por cierto poco tranquilizadora.

El buque habia encallado durante la noche, y cuando el sol alumbró la escena se vió que habia tropezado en la estremidad de un inmenso arrecife de

coral que se dilataba á manera de una cinta á algunos miles de metros de una tierra montañosa, cubierta de árboles y probablemente habitada. ¡Triste consuelo es en tales paises la posibilidad de hallar hombres al desembarcar en una playa desconocida! Si se dijese á un viajero que se dispone á atravesar regiones inesploradas, bosques vírgenes ó incultas pampas: «En las inmensas soledades en que vas á penetrar no te encontrarás solo, pues los leones y los tigres viven en ellas en numerosas bandas,» el pobre viajero, desagradablemente impresionado, contestaria indudablemente que prescindiria muy gustoso de tal compañía. Pues bien: los leones y los tigres no son mas ávidos de sangre humana que los salvajes de la isla á que habia sido arrojado el *Saint-Paul*.

Este, azotado por las olas que iban á chocar y estrellarse en el arrecife, tardó poco en abrirse y fue preciso abandonarlo. Los botes de que dispone un buque mercante hubieran sido insuficientes para trasportar á mas de trescientos hombres en el breve espacio de tiempo que podia trascurrir entre el momento del naufragio y el de la completa destruccion del *Saint-Paul*. Por fortuna, el escollo era vadeable, por decirlo asi, y los pobres náufragos habian podido llegar á pie á un islote situado entre el lugar del desastre y la isla que mas allá se descubria.

Era aquel un refugio que permitia esperar algun tiempo con seguridad el resultado de la exploracion que se trataba de verificar en una tierra mas habitable y fértil. Esta operacion era absolutamente indispensable, porque todo lo que se habia podido arrancar á los restos que como su presa se disputaban las olas, consistia en algunos barriles de harina empapada en agua, en alguna carne salada y en un pequeño número de cajas de conservas. ¡Mezquinos recursos para tan numeroso personal! Carecía además de agua dulce.

El capitán P..., acompañado de una parte de la tripulacion y de los pasajeros, desembarcó en tierra firme y eligió un campamento á orillas de un rio, á pocos pasos de la playa, y á la vista de la isla que llamaremos en lo sucesivo el *islote del Refugio*.

Encontráronse en efecto, como era de esperar, ha-

bitantes negros, feos, desnudos y salvajes, pero á primera vista tímidos, lo que en tales circunstancias era una inapreciable ventaja. Hasta se consiguió procurarse algunos cocos, y se adoptaban ya las disposiciones convenientes para recibir á la totalidad de los náufragos, cuando al amanecer viéronse estos acometidos de improviso por una numerosa turba armada de lanzas y mazas.



Varada del *Saint-Paul* en la isla de Rossell.

go, á condicion no obstante, de acercárseles sigilosamente y caer sobre ellos de improviso antes de que tuviesen tiempo para prepararse á la defensa. Así, despues de haberlo consultado maduramente, y despues de formar su plan con esa sagacidad del mal instintiva en todos los salvajes, atacaron á los infelices náufragos. El combate no fue largo: unos perecieron víctimas de una carnicería mas bien que de una lucha; otros lograron llegar á nado al islote del Refugio, donde fueron recogidos por el esquife del capitán, que empezaba en aquel momento á verificar el trasporte de los hombres que habian quedado en el islote. Al pasarles revista se vió que faltaban ocho marineros y cierto número de chinos. ¿Habian pere-

Los salvajes, como en ellos es costumbre, se habian ido envalentonando poco á poco, y aunque no sabian contar tardaron poco en advertir que constituian una masa mas compacta que el pequeño grupo de aquellos seres, fantásticos en su concepto, que escepto el extraño color de su piel, tenian todas las apariencias de hombres como ellos. Creyeron por consiguiente que podrian atacarlos con ventaja y comérseles lue-

cido todos en el ataque, ó habian buscado su salvacion en la fuga, y era racional prometerse encontrarlos mas adelante? Esto es lo que en aquel momento no podia saberse.

¿Convenia marchar inmediatamente en busca y auxilio de aquellos cuya suerte inspiraba tantas inquietudes, y en todo caso tomar un justo desquite? Túvose por imprudente adoptar este proyecto, porque en primer lugar no habia botes para desembarcar una fuerza numerosa, y en segundo faltaban armas, puesto que no se disponia sino de algunas hachas y cinco ó seis fusiles; y por colmo de desventura los chinos eran en su casi totalidad cobardes y estaban desmoralizados.



Matanza de los chinos en la isla de Rossell.

Resolvióse por lo tanto esperar y escogitar algun espediente oportuno.

Durante este tiempo los indijenas acudieron á acechar alrededor del islote del Refugio, pero algunos disparos de fusil bastaron para alejarlos. Para complemento de desdicha se carecia de pistones, de modo que habia sido preciso desarmar las llaves de los fusiles y poner fuego al cebo con un áscua, casi como se verificaba hace algunos siglos con los mosquetes. Empleábanse dos hombres para el manejo de cada fusil, uno de los cuales apuntaba, y el otro aplicaba el fuego.

Al despuntar el alba del día en que empezaron las horrosas peripecias de uno de los mas desastrosos naufragios que han ocurrido, el capitán P..., aprovechando los primeros destellos del sol y las últimas horas de sueño de los feroces habitantes de la isla, desembarcó en el lugar del campamento, y practicó en las inmediaciones algunas investigaciones en favor de sus desgraciados compañeros; pero el resultado fue hallar devastado el campamento, y ni un ser vivo, ni siquiera un cadáver! Volviendo entonces al islote del Refugio, espuso á los chinos su parecer sobre la situación y les preguntó si conceptuaban preferible, en beneficio comun, que partiese con los once marineros que le quedaban, á fin de llegar al establecimiento inglés de Australia mas inmediato, y fletar allí un buque para volver luego á recogerlos y salvarlos.

Esta propuesta fue aceptada, pues en realidad era difícil hacer que prevaleciese otro partido. Convino-se en seguida en que los chinos permanecerian en posesion de los víveres que se habia logrado librar del naufragio, y que podian alimentarles en cortas raciones por espacio cuando mas de una semana. Los que partieron se llevaron únicamente una docena de cajas de conservas y la provision de agua dulce que podian contener seis botas de mar. Los fusiles y las municiones quedaron tambien en poder de los chinos.

Dejemos á estos desgraciados y sigamos al capitán P..., pues mas adelante sabrá el lector la suerte que les estaba reservada.

Aventuras de la chalupa.—Un cajon para las cartas en un islote desierto.—Robo de la chalupa.—Los franceses caen en poder de unos isleños australianos.—Libertados por un buque inglés, son conducidos á la Nueva Calcedonia.

El capitán P... y sus compañeros emprendian un viaje de trescientas leguas en una embarcacion poco mayor que las que algunos aficionados parisienses hacen bogar en el Sena, con no menos buen éxito y mucho menos peligro. Despues de doce dias de grandes penalidades físicas y morales, durante los cuales hubieron de recurrir al agua del mar y á otro líquido aun mas nauseabundo para humedecer sus secas

fauces, desembarcaron á la vista del cabo Flattery, en la costa australiana, en la que solo encontraron para restaurar sus exhaustas fuerzas, algunos frutos silvestres y varios mariscos; pero lo que les pareció el mayor de los bienes fue hallar agua dulce.

Durante muchos dias se navegó con rumbo al Sur, para llegar á un establecimiento inglés. Se recalaba todas las noches para beber, comer y dormir, y hasta donde era posible, se descansaba en alguno de los islotes de que están sembrados aquellos lugares; la comida, bien ó mal, nunca faltaba, pero no puede decirse lo mismo respecto de la bebida. Pudiendo un día la sed mas que el temor á los salvajes, los náufragos se atrevieron á pasar al continente.

Rota la disciplina en aquella pequeña sociedad de hombres estenuados y mas ó menos desmoralizados, cada cual obraba á su antojo, dirigiéndose al lugar que á su parecer le prometia mas perspectiva de recursos. Cuando al caer la tarde la gente se reunió en la chalupa, un individuo faltó á la lista: este era el grumete; se le llamó y buscó por todas partes, pero no habiendo sido hallado, la gente se hizo de nuevo al mar. Al día siguiente murió un hombre presa del delirio de la desesperacion y del aniquilamiento.

El 3 de octubre de 1858, despues de haber luchado contra el viento contrario por espacio de muchos dias, se renunció á caminar en direccion del Sur y se emprendió la del Norte para ganar el estrecho de Torres, á donde el viento parecia obstinarse en arrojar los náufragos.

El estrecho de Torres, que separa la Australia de la Nueva-Guinea, pone en comunicacion el Océano Pacifico con el mar de las Indias.

El primer puesto europeo que se encuentra al salir del mencionado estrecho es Timor, objeto y término proyectado de las peregrinaciones de la frágil chalupa. Pero el estrecho de Torres ofrecia por sí solo á los náufragos un auxilio en cierto modo providencial.

En el islote *Booby*, situado á los 10° 36' 30" de latitud meridional, y 141° 35' 6" de longitud oriental, el almirantazgo británico ha mandado colocar provisiones para los náufragos de todas las naciones, y un cajon para las cartas. Un mástil en cuyo tope ondea el pabellon británico llama la atencion de los navegantes á quienes su derrotero conduce á aquellas aguas, ó á quienes un reciente naufragio lleva allí en busca de víveres. Al pie del mástil hay un barril cubierto con un capote embreado sobre el cual están escritas estas palabras: *Post-office*. Es un cajon destinado á recibir cartas, en el que hay tinta, plumas, papel, libros y un saco para depositar lo que se considera útil escribir. Encuéntrase además en el mismo barril cigarros, azúcar, te, sal y tabaco. La gruta abierta al pie del mástil contiene provisiones de

boca, como carne de vaca y de cerdo saladas, galleta, rom y agua potable.

Un registro colocado cerca de las provisiones tiene por título *Registro del asilo de los náufragos*. Los marinos de todas las naciones son invitados,—asi está escrito en el registro,—á comunicar todos los datos y noticias que les sea posible dar acerca del estrecho de Torres, y se ruega á los capitanes que contribuyan aumentar á los fondos destinados al asilo de los náufragos.

En los lugares mas á propósito de la isla se ha plantado cebollas, patatas y calabazas.

En la cueva que está á sotavento de la isla hay almacenada gran cantidad de vestidos; y en fin, al mismo lado se han abierto pozos de agua potable.

Quizás estas noticias pueden ser útiles algun día á muchas personas que hoy no lo sospechan.

¡Dios quiera, benévolos lectores, que nunca necesitéis de tales auxilios! ¡Ah! Repetid todos estas palabras de Rabelais, para aplicarlas en vuestro provecho: «¡Cuán felices son los que plantan coles!»

Pero hablemos ya de nuestros desgraciados compatriotas.

En la tarde del 5 de octubre arrastraban por medio de cuerdas su chalupa sobre la arena de un islote donde se proponian pasar la noche; pero al despertar al día siguiente vieron que la chalupa habia desaparecido. Observaron atónitos en su derredor, recorrieron con inquieta mirada la superficie del mar hasta el horizonte, pero no veian su chalupa. El cable que la sujetaba habia sido cortado. ¡Ah! Los desventurados se creian solos en la isla, pero su error fue de corta duracion. Algunos indijenas del continente, que sin duda habian pasado por casualidad al islote para pescar, al ver llegar unos extranjeros se habian ocultado, y despues de cortarles la retirada alejando y escondiendo su embarcacion, los hicieron prisioneros y los llevaron á tierra firme. Aquel día puso fin á las miserias de otro marinero.

Despojados de todos sus vestidos, nuestros desgraciados compatriotas hubieron de sujetarse hasta el 11 de octubre á la vida miserable de los salvajes, ó por mejor decir, á una vida aun mas miserable, pues estos disfrutaban por lo menos de la libertad. Los indijenas, que no les perdian de vista en su campamento, les arrojaban un escatimado alimento cuando la cosecha de las provisiones habia sido buena, y les daban una racion escasa ó nada cuando se veian reducidos á una penuria momentánea. Aquellos salvajes, cuyo retrato hecho por el capitán P... es el mismo que dan los etnólogos que han visitado la costa septentrional de la Australia (cabeza voluminosa muy fea, piel negra, miembros largos y delgados y vientre prominente), viven en pequeñas tribus.

La tribu en cuyas manos habian caido nuestros

compatriotas se componia de unos ochenta hombres, que habitaban en chozas hechas de ramas de árboles con todo su follaje. Aquellos australianos se alejan poco de la orilla, y viven de peces y tortugas, muy abundantes en aquellas costas, de mariscos, de frutos silvestres y raices. No tienen la menor cultura; y la caña de azúcar cuyos tallos comen, crece espontáneamente.

Las mujeres ejercen gran influencia entre ellos, cosa notable y completamente extraordinaria entre los salvajes. Todas las mañanas, una matrona, investida al parecer de las atribuciones del mando, despertaba el campamento, y llamando nominalmente á cada individuo le señalaba su respectiva tarea, la cual consistia respecto de cada cual en ir en busca de víveres, con arreglo á su particular aptitud, y en la direccion que se le marcaba.

Aquellos salvajes no se mostraron muy crueles, y aunque nuestros compatriotas hubieron de sufrir algunos malos tratamientos, en términos que uno de ellos sucumbió á consecuencia de los golpes recibidos en una tentativa de evasion, las calamidades y los recuerdos de la isla de Rossell los habia hecho tan sufridos, que casi se felicitaban por la hospitalidad de los australianos. Por lo demás, aquel cautiverio que al parecer los condenaba á perder toda esperanza de regresar á su patria, fue su salvacion.

En efecto, el 11 de octubre se dejó ver en aquellas aguas una goleta en la que ondeaba la bandera inglesa. Los prisioneros hicieron señales que fueron correspondidas, y poco despues se vieron recogidos por el capitán Mac-Farlane, que ajustó su rescate con los naturales y consiguió recobrar hasta la chalupa. Esto ocurría cerca del cabo de Grenville, á los 12° de latitud.

La goleta inglesa no se dió mucha prisa (ignoro la causa), á trasladar sus huéspedes á la Nueva-Caledonia, que es la colonia francesa mas inmediata, y los empleó en recoger conchas de tortuga en los islotes próximos al cabo Grenville y en los del arrecife de Entrecasteaux, á la estremidad septentrional de la Nueva-Caledonia. ¡Entre tanto, los chinos esperaban en la isla de Rossell!...

Al fin el *Príncipe de Dinamarca* arribó á Puerto-de-Francia el 25 de diciembre de 1858.

Enviase un buque de guerra en socorro de los náufragos de la isla de Rossell.—Se liberta á un muchacho chino.—Horroroso espectáculo.—Suerte de los trescientos chinos.

Hasta aquí he descrito únicamente lo que he oido decir al capitán P...; voy, no obstante, ahora á tomar una parte activa en los acontecimientos que aun me faltan narrar, ó por lo menos decir lo que he visto. Hallábame, en efecto, á bordo del buque de guerra enviado desde la Nueva-Caledonia para re-